



HYPATIA Y LA ETERNIDAD

Ramón Galí

1ª Edición Digital, 2011

© Ramón Galí, 2009

<http://www.ramongali.com>

Reservados todos los derechos de esta edición para:

Literaturas Comunicación, S.L.

Parador del Sol 9. 28019 - Madrid

<http://literaturascomlibros.es>

ISBN: 978-84-939184-1-5

Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla

Fragmentos de:

Hypatia de Charles William Michell

Autorretrato de Leonardo Da Vinci

ÍNDICE

[Copyright](#)

[EL ESPÍRITU ETERNO E INDESTRUCTIBLE](#)

[CRÓNICA DE UNA INFAMIA O JESUCRISTO VERSUS PLATÓN \(415\)](#)

PRIMERA PARTE: LA ERA DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

El emperador insomne o la gloria del imperio bizantino (540-565)

CAPÍTULO SEGUNDO

La sonrisa del venerable o la fundación de Londinium (733)

CAPÍTULO TERCERO

El hombre que jamás miró atrás o el Renacer Carolingio (780-831)

CAPÍTULO CUARTO

La bitácora de Cicerot o el resplandor de los descubrimientos (898-950)

CAPÍTULO QUINTO

El sello de Oriente o el prodigioso ingenio de Ho (984-1000)

SEGUNDA PARTE: LA ERA DE LOS GENIOS

CAPÍTULO SEXTO

Dos genios en el califato de Córdoba o la gloriosa batalla contra los demonios (1010-1200)

CAPÍTULO SÉPTIMO

Roger Bacon y Azul Omar o la fabulosa diáspora humana (1250-1318)

CAPÍTULO OCTAVO

El hombre que quiso surcar los cielos o la Energía Luminosa (1503-1616)

CAPÍTULO NOVENO

Anastasia Meshkova y los hermanos Kepler o la nueva perspectiva de la realidad (1648-1658)

CAPÍTULO DÉCIMO

La musa de Isaac de Woolsthorpe o la Energía Infinita (1725)

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Alberto e Hypatia y las partículas de Dios o el mundo del futuro (1908)

EPÍLOGO

El ágora de los genios y la Energía Misteriosa (2012-...)

RELACIÓN DE EQUIVALENCIAS

LICENCIAS

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

MENSAJE DEL AUTOR

*A ti, abuela.
Esa niña eterna,
que baila y baila.*

*Si no se hubiera quemado la Biblioteca de
Alejandría ahora estaríamos... ¡en las estrellas!*

CARL SAGAN. COSMOS

*Si una vez cada mil años una golondrina pasara acariciando
con sus alas la superficie de una esfera de hierro del tamaño
de la Tierra, en el momento que, por la erosión infinitesimal,
la esfera hubiera desaparecido por completo habría
transcurrido el primer segundo de la Eternidad.*

J.P. GORTÁZAR

EL ESPÍRITU ETERNO E INDESTRUCTIBLE

SOY HYPATIA DE ALEJANDRÍA, SOY ETERNA. Soy eterna porque acurrucada en los pliegues del tiempo, y tras mi brutal asesinato, vencí a lo único que parece irreversible: vencí a la muerte.

¿Quieren saber qué sucede cuando nos liberamos del yugo de la materia? ¿Creen que la muerte es el fin, más allá de nuestra descendencia, más allá de nuestras obras? Yo también lo creía, desde el punto de vista de un ser lógico, de una matemática, astrónoma y filósofa. Pensaba, mitad racional, mitad lírica, como al contemplar la maravillosa geometría de un copo de nieve, que al fallecer pasamos a estar escritos con polvo de estrellas. Y allí, integrando los astros, es donde están todos: abuelos, padres, hijos, hermanos, amigos, aquellos que amamos. Pero en verdad, ¿dónde están ellos ahora? Desde el máximo respeto que me inspiraban, no abracé ninguna religión; siempre acuñé Ciencia y Dios en el anverso y reverso de la moneda. Pero admito que en dicha concepción pesaba más el lado racional. Por ello, antes estaba convencida de que las cien mil generaciones que nos precedieron con sus sueños y sus ilusiones ahora no eran más que materia cósmica inanimada. Si no negué ni afirmé a un Ser Supremo fue por falta de datos científicos que avalasen su existencia. Sí, sí, admito que es errado de origen este planteamiento. Reconozco también que una figura divina sería tan fabulosa, su inteligencia tan inconmensurable que ningún mortal podría entenderla, siquiera identificarla. Ningún mortal podría asimilar conceptos como el Infinito y la Eternidad. ¿Hay, pues, alguna entidad que vele para que no se pierda una brizna de aquello que fuimos? Como científica, pensé siempre que solo disponíamos del tiempo en la Tierra para amar, para soñar, para aprender. Siempre tuve dudas razonables, pero no solo las que me suscitó la religión sino la lógica: al morir nuestra carne se desintegra, nuestro ser desaparece, pero, ¿en qué pergamino de qué sabio está escrito que nuestros pensamientos, recuerdos, emociones estén fabricados con materia física?

Esta es la historia de un fabuloso viaje, a través del tiempo y del espacio, en busca del Conocimiento humano. Intuía que si la humanidad conseguía coronar dicha cumbre yo también entendería en qué me había convertido, qué es lo que se esconde detrás de la muerte, y si existe Dios. Es el relato de una singladura fascinante por los sinuosos recovecos de la Historia; otra Historia... Si me acompañan en este viaje en pos del saber nos esperan penosas tribulaciones, ríos de lágrimas, océanos de sangre, universos de

dolor. Y la eterna batalla entre el Bien y el Mal; este siempre ha estado allá afuera, conspirando en la oscuridad desde la noche de los tiempos.

Soy eterna porque acurrucada en los pliegues del tiempo vencí a la muerte.

¿Quieren saber cómo fue? Retrocedamos entonces al momento exacto cuando sucedió.

Capítulo Introducción

CRÓNICA DE UNA INFAMIA O JESUCRISTO *VERSUS* PLATÓN

(marzo de 415)

I

«HOY PARA MÍ es el día del Juicio Final... y tengo poco tiempo».

Dicen que los árboles sueñan con el azul del mar, con su turquesa cambiante mientras los humanos soñamos con el mañana. Pero, ¿y cuando alguien tiene la certeza de que el futuro nunca existirá? Mi nombre es Hypatia de Alejandría y tras despertar sentí que hoy iba a morir despedazada a manos de una multitud enloquecida. Tenía poco tiempo, aunque estaba serena. Mi mirada recorrió los pergaminos para confluír en el Gran Faro que enmarcaban mis ventanas. Corría convulsa, incipiente, la primavera del año 415 de nuestra era en la ciudad que me vio nacer. Alejandría estaba situada entre el mar y el lago Mareotis, junto a la boca oriental del Nilo.

Pensé que el apodado «el Magno» quizás se removería incómodo bajo el mármol de su tumba. Y lo haría cuando intuyera desde su infierno el terrible crimen a punto de perpetrarse en la ciudad que fundó. Pero en aquella mañana inmóvil de colores difusos, reaccioné: al más Magno de los Alejandros y a esta sierva del saber nos separaban siete siglos. Nos separaban muchos hombres y mujeres; un mar de tiempo inabarcable que dejaba pequeño al *Nostrum* que bañaba las costas alejandrinas. Tenía poco tiempo y mi belleza madura jamás podría acercarse a la sobrenatural de Helena, la troyana legendaria. De ella contaban que incluso podría hacer regresar a los muertos de sus quehaceres en el Más Allá. Las lápidas permanecerían selladas. Nadie, ni los muertos, moverían un dedo para salvarme. Entonces repetí de viva voz:

—Hoy para mí es el día del Juicio Final... y tengo poco tiempo.

II

AQUELLA MAÑANA, última de mi vida, había despertado sudorosa en una habitación tapizada de volúmenes de los sabios del pasado. En alguno de los textos que allí descansaban rezaba el viejo aforismo: «Ni aun permaneciendo sentado el hombre junto al fuego de su hogar puede escapar a la sentencia de su destino». A través de mis ventanas miré de nuevo el enorme cíclope de mármol blanco que guiaba los barcos hasta el puerto de Eunostos, en la isla de Faros.

¿Qué podía decirle a mi particular gigante pétreo? Él y yo compartíamos el Gran Secreto...

Entonces volví a recorrer con la mirada todos mis pergaminos. Después lloré amargamente con el llanto del que sabe que jamás vería otro atardecer incandescente, del que jamás contemplaría de nuevo el mar. Dicen que los árboles sueñan con sus olas y su azul cambiante así que cerré los parpados durante unos minutos para transformarme en uno de ellos. Entonces, como si nadie nunca pudiera cambiar un solo renglón del Libro del Tiempo, asumí mi destino.

A continuación hablé de nuevo en voz alta:

—Mi mente es un reino y al futuro viajó, y allí de la realidad notas tomó. ¿O fue la realidad infinita la que se basó en mi recuerdo imborrable del que se forjó?

Después, más serena, guardé mis raíces de árbol y dejé de ser tal. Tras asearme, me perfumé con esencia de violetas y vestí con mi túnica de filósofa favorita. Finalmente guardé con sumo cuidado un pergamino en el bolsillo y me dirigí al centro de la ciudad a buscar mi propia muerte.

Aquella mañana había despertado con esa certeza, con esa premonición. Cuando salía de mi casa por última vez recordé como, hacía por lo menos una década, mi padre me había dicho:

—Desde tiempos del filósofo Isidoro se dice que los alejandrinos poseemos el don de la adivinación por medio de los sueños. ¡Pero ten cuidado, Hypatia! —advirtió él—. La nave dorada del dios Tiempo rechaza a los viajeros que pretenden infiltrarse en un punto del trayecto que no les corresponde.

Tras escucharle nunca imaginé que yo misma poseería dicha capacidad anticipadora.

Volví con brusquedad de aquel recuerdo: tenía que encontrar a alguno de mis amados guardianes de la filosofía, para transmitirles una información vital; información

de la que yo era única poseedora. Eso era lo único que me inquietaba a medida que las arenas del tiempo descendían implacables por el cristal cónico.

III

EL RELATO DE MI CRIMEN, alimentaría sin quererlo mi leyenda. Aquella infamia sería considerada la verdadera frontera entre la resplandeciente Antigüedad y las inquietantes centurias posteriores. Roma vivía en esos tiempos un crepúsculo sin mañana. El Imperio se ubicaba al borde de un abismo al que una burocracia insufrible y las guerras civiles terminarían de precipitar. Algunas colonias soportaban ya el acoso bárbaro. Alejandría aún permanecía indemne, callada para que el monstruoso Caos no volviera su cabeza alertado de su presencia. Allí, como en una burbuja ajena a la inclemencia exterior, había ejercido como matemática, astrónoma, docente y filósofa. Además, iba a ser la última directora de la Biblioteca. Dicha institución representó el más grande templo del saber... hasta la Era de los Genios; la salvaguardia de ese templo se había convertido en la razón última de mi existencia. Por eso tenía que encontrar a mis discípulos antes de que me arrebataran la vida. Tenía que transmitirles el Gran Secreto antes de que una muchedumbre frenética me descuartizara sin piedad.

Apreté el paso mientras cavilaba: el porqué o el cómo había llegado hasta allí eran sencillos de entender. El patriarca Cirilo había urdido el asesinato motivado por mi alianza con Orestes. Orestes era alumno mío, prefecto de Alejandría y máxima autoridad imperial de Constantinopla en la ciudad. El poder religioso del obispo discurría abiertamente enfrentado al poder político. La envidia de Cirilo se cocinaba a fuego lento dentro de las mazmorras de sus férreos principios. Un día, al pasar en su carruaje delante de mi vivienda, vio movimiento de gentes, y nobles caballos árabes atados en la puerta.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el patriarca, presa de unos celos corrosivos.

Su prestancia de senador romano que le confería su cabellera de plata, su perfecta barba también alba, su nariz recta y unos enormes ojos negros empezó a resquebrajarse. Y lo hizo cuando escuchó la respuesta:

—La hija del astrónomo Teón, Hypatia, nos hablará de Aristarco, de Hiparco, de Eratóstenes y de Ptolomeo. Nos hablará de cómo todos ellos descifraron el lenguaje del

cosmos. Han llegado invitados desde Tebas, Antioquía, Cartago y hasta Damasco —le contaron.

—¿Pero quién es esa pagana y quiénes todos esos que le rinden pleitesía sin sonrojo? ¡Habla! —exigió.

—Algunos de sus oyentes y alumnos desempeñan altos cargos eclesiásticos e imperiales, señor. Ella aconseja a funcionarios, a gobernadores civiles de Egipto, a comandantes militares, a destacados líderes religiosos y a otros filósofos. Todos son ilustres prohombres y mujeres de Imperio.

Cirilo sentenció:

—Pagará su osadía con la moneda de más valor.

En verdad, me quedaba muy poco para consumir tan involuntario trueque. Era muy consciente de que disponía de muy poco tiempo para encontrar a los míos.

IV

SI NO ACTUABA rápido el Gran Secreto moriría conmigo y eso sería terrible para las generaciones venideras. Los directores de la Biblioteca nos lo habíamos ido transmitiendo unos a otros. Consagraría lo poco que me quedaba de existencia a intentar hacerlo. En una intersección me dirigí, resuelta, hacia el centro de Alejandría.

Todo iba a acontecer durante la Cuaresma del año 415: una muchedumbre enloquecida formada por monjes y parabolanos, —brazo armado del patriarca—, ya me buscaban. Cirilo había difundido un rumor calumnioso:

—¡La exaltada Hypatia practica deleznable ritos de magia negra y artes satánicas!

Los tiempos pretéritos ya arrastraban una maldición homicida en la ciudad. La siguiente afrenta tendría lugar este mismo día. Todo iba a suceder hoy.

Caminé por las amplias avenidas creyendo escuchar el ruido de los sables. Desde la expulsión de muchos judíos, cristianos y hebreos estaban enfrentados. Hacía no demasiado un «ejército» de religiosos se manifestó contra el prefecto de Alejandría y una piedra, mal encarada, le alcanzó. Este, con extraordinaria indignación, ordenó:

—¡Arrestad y torturad hasta la muerte al responsable de la trayectoria del proyectil!

El incidente envenenó las relaciones iglesia-imperio. Además, fue semilla de la planta carnívora de intolerancia que terminaría devorando a todo y a todos... empezando por mí. En menos de media hora dejaría de ser.

Angustiada, surqué calles antes suntuosas, más elocuentes por lo que callaban que por lo que decían. Apreté el paso hacia el céntrico barrio del Bruquión, donde se hallaba la Biblioteca. Me pregunté si encontraría allí a alguno de mis discípulos. Sin embargo, dudaba de que el sirio Olimpo se hallase en Alejandría; ahora era un acaudalado terrateniente. Con Hesiquio tampoco tenía esperanzas; en la actualidad ejercía de gobernador de la Alta Libia. *«Qué lástima que mi amigo Sinesio de Cirene haya desaparecido»*, pensé acariciando el pergamino de mi bolsillo. Como decía él había formado junto a los anteriores y Herculiano, la tétrada pitagórica: los celosos guardianes de los secretos de la filosofía.

Sonreí al recordar el día que descubrí que Sinesio usaba un hidrómetro para la adivinación. Al final de una de mis clases de geometría divina le recomendé:

—Con extremo cuidado tira este aparato y construye un astrolabio. Con él podrás observar y determinar la posición y el movimiento de los astros, aunque en ellos verás el pasado, no el futuro.

Lo cierto es que el malogrado Sinesio nunca pudo deducir con su instrumento las profecías que los dioses habían puesto en mí durante el sueño. Los hilos luminosos que me ataban con esta realidad estaban a punto de quebrarse. De mi fusión con el conocimiento nació mi vida y ahora se acababa.

Entonces lo vi a lo lejos.

V

DIVISABA la cúpula sustentada por ocho columnas del Faro cuando, por puro azar, topé con Ciro, hermano de Herculiano. Charlaba con otro funcionario municipal, y como siempre se alegró de verme. El otro servidor público, al reconocerme, se alejó discreto. Me limité, tras saludarlo, a preguntarle por él.

—Se halla en el Bruquión. Estaba inquieto y no supo decirme el motivo. ¿Qué está sucediendo, maestra?

Pero no le contesté. Solo le di un fuerte abrazo en el que le transmití una pequeña porción de mi alma. Al alejarme volví la cabeza para regalarle una triste sonrisa.

Herculiano estaba bien relacionado, tenía trato familiar con miembros del gobierno y con militares de alta graduación. Además ocupaba un puesto importante en la corte de Teodosio II. De él, mi querido Sinesio siempre había dicho: «Es el mejor de los hombres, el hermano tres veces deseado». Sí, en ese momento me di cuenta: Herculiano era el hombre clave. De encontrarle dependía TODO. Noble, leal, discreto y con contactos influyentes; conocía a hombres poderosos y a eruditos de primer orden. Muchos de ellos habían sido estudiantes míos y se querían como una familia; eran una comunidad muy unida. Su nexa, su fuerza unificadora estaba representada por la solidez de un lema: «Bajo el signo de Hypatia». Aquello me ruborizaba y honraba a partes iguales.

Herculiano, según su hermano, andaba ese día nervioso. Quizá su sexto sentido le había anunciado que algo terrible iba a suceder. Conociéndole, si hubiera imaginado lo que se cernía sobre su antigua profesora hubiera derramado su sangre egipcia para impedirlo.

—¡No te imaginas cómo echo de menos tus clases! Quiero que sepas que «Bajo el signo de Hypatia» no es una consigna que repito como un lema vacío. Es una máxima que gravita sobre mí. Llena de contenido y sentido mi vida —me comentó la última ocasión.

—Sí, si todo el mercado te contempla atónito por el símbolo que flota insólito, encima de tu cabeza —bromeé antes de marchar.

Regresé de aquel dulce recuerdo. ¿Qué misterioso embrujo nos hace infravalorar el presente y, cuando este ya no es tal, añorarlo de forma insufrible?

Tenía que encontrar a ese hombre. Ya.

VI

PERO ALEJANDRÍA se tornó demasiado extensa para mí. Inmensas avenidas de mampostería y mármol, estatuas dormidas y obeliscos inermes, jardines y ágoras, grandiosos edificios administrativos y magnos palacios que se me antojaron interminables. Con las prisas y la excitación había subestimado las distancias de la ciudad; me encontraba prisionera en la jaula de oro que algún día fue. Desconocía el

momento exacto del desenlace fatídico aunque lo percibía inminente. Por ese motivo decidí alquilar un carruaje, por un cuarto de talento, para desplazarme. Quizás aquella fue una de las más desafortunadas ideas que tuve en vida...

—Al barrio del Bruquión.

El viejo templó a la vieja jaca mientras se apoderaba de mí un pensamiento: nadie podría reconducir una situación que al Estado y a la Iglesia se le había ido de las manos. Mediaba entre ambos un abismo de incompreensión que, sin duda, desembocaría en sangre y fuego. Eso en cuanto a lo doméstico, porque en el exterior los pueblos germánicos aporreaban las puertas del Imperio Romano de Occidente y pronto las derribarían. Como matemática, la ecuación poseía una claridad meridiana:

CONFLICTOS INTERNOS + CONFLICTOS EXTERNOS = CAOS TOTAL

En pocos minutos alcanzaría las coordenadas de mi fin. El objetivo era salvar la Biblioteca de la barbarie. Había deducido que, una vez acabaran con la «guardiana del saber», arremeterían contra el propio conocimiento. En ese momento recordé cómo, en una ocasión, había intentado sin éxito convencer al obispo Cirilo de las similitudes del pensamiento cristiano y el neoplatónico:

—Señor, es probable que vuestro Jesucristo y mi Platón se enfrenten en complejos juegos de geometría cósmica allá donde estén. Quizá sentados sobre una estrella. El dios de los cristianos jugará con los ojos vendados y mis filósofos perderán siempre.

Pero mi interlocutor, lejos de ser receptivo, fue abiertamente hostil. Los celos, la frustración y la envidia del patriarca ante la popularidad de la que yo gozaba eran afiladas conchas marinas y cortantes fragmentos de cerámica en potencia. Con dichas herramientas me desmembrarían. En aquella ocasión me contestó:

—¡Calla, gentil! Tus palabras son heréticas y tus poemas, desafortunados. Pisoteáis las Sagradas Escrituras y luego defecáis sobre ellas.

—¡Pero, señor, si hablamos de la misma Verdad contemplada desde las dos orillas!

Sin embargo, mis palabras eran combustible que alimentaba el fuego interior del patriarca. Las venas inflamadas de su cuello parecían a punto de estallar:

—¡Callad, callad, desgraciada! —En su respuesta percibí un odio casi material.

Aquellas palabras las pronunció un asesino. Mi asesino.

VII

EN DOS MINUTOS alcanzaría el antiguo barrio de Alejandría. Exploré sentimientos, sensaciones. Al margen de la necesidad imperiosa de transmitir el Gran Secreto, encontré paz. Una paz interior atesorada durante décadas, esculpida por las plumas de los filósofos, forjada desde el amor que profesaba al conocimiento. Respecto al mundo que todavía me rodeaba un antiguo alumno iba a materializar con palabras, mis propias inquietudes. Todavía no lo sabía pero pronto partiría hacia el más fabuloso viaje que realizó nunca ningún ser. Extraje de mi bolsillo su última carta. Mi amigo Sinesio de Cirene la había escrito años atrás, justo antes de morir. Me sumergí en el texto:

Cirene, Región Cirenaica, Valle de Djebel Akhdar

A 12 de febrero del año 412

MI THEIOTATOS, mi santísima Hypatia:

En primer lugar he de decirte que mi devoción incorruptible no ha declinado en los últimos tiempos: si me necesitas me tendrás a tu lado, hasta el último aliento, incluso cuando me guiñe el ojo el dios de los muertos, Hades.

Creo que a todos tus alumnos nos reunió la diosa Fortuna en una encrucijada, en un lugar y un tiempo excepcionales. Los secretos del cosmos, fueron misterios revelados por ti, nuestra guía verdadera. Recuerdo con enorme nostalgia, por ejemplo, tus clases de astronomía. Es la ciencia la que abre el camino a la teología. Pero para alcanzar la cumbre espiritual se tienen que dar ciertas condiciones: disponer de un estómago lleno y un fácil acceso a la cultura. Dicha transmisión de Conocimiento debería llegar a las cuatro esquinas del mundo, a todos esos lugares de los que nos habló Sófocles. No tengo la solución, pero imagino ejércitos de escribientes realizando millones de copias de los pergaminos. Imagino ejércitos ecuestres para difundirlos. Quizás en el futuro existan otros medios técnicos para hacerlo.

Además de los factores mencionados, no podemos olvidar esos jinetes del Apocalipsis que nos rondan: el hambre y las enfermedades. ¿Llegaremos a

vencerlas algún día? Hoy he soñado algo extraño, muy extraño: que tú contemplarías ese día luminoso.

Me hubiera gustado verte por muchas razones e incluso alguna práctica; mi ascensión al episcopado ha generado algunas dudas teológicas que querría haber debatido contigo. La filosofía que nos enseñaste basada en la virtud, la belleza, la contemplación, ¿de veras choca de forma frontal con lo que dicen los Evangelios? Mi amada, mi querida, mi santa Hypatia, ¿no es cierto que Platón y Jesucristo plantean los mismos conceptos casi con las mismas palabras, pero desde diferente prisma?

Te ama, por siempre, por toda la eternidad,

Sinesio

VIII

—ALLÍ NOS REUNIREMOS, amado Sinesio. En el fin de la eternidad, donde para los cristianos residen Dios, los santos y los poetas que descifraron el cielo. Yo creo que seremos polvo de estrellas, aunque espero que de la misma —dije en voz alta mientras plegaba la carta de mi amigo.

Sus palabras, algunas realmente enigmáticas, calaron en mí con profundidad, pero la realidad golpeó a la puerta con brusquedad disipando el recuerdo. En ese momento llegué a la encrucijada..., aunque sería mejor denominarla callejón sin salida. No tenía duda al respecto cuando divisé al monje Filamón, en medio de un tumulto de griegos. Dos cretenses discutían de forma acalorada con un rodio y un macedonio. El religioso, antiguo alumno mío, parecía mediar para que no brillaran las hojas de sus dagas. En su momento la relación profesora-alumno derivó en una amistad de sólidos eslabones. Por esa razón, cuando el monje me vio se le descompuso el rostro. En cuanto se enteró de lo que iba a suceder se había dirigido presto a avisarme, hasta que topó con esa reyerta; Alejandría era una espesa marea de descontentos de todo pelaje por la que era difícil avanzar. Sin bajarme del carruaje que ya había detenido el conductor, vi mi propia muerte pintada en la cara de ese hombre. Una turba de salvajes se empezó a abrir paso hacia el carro. El viejo que lo conducía, al percatarse de la situación, salió corriendo como llevado por el diablo: dos docenas de fornidos mercenarios abrían paso a golpes a más de cien monjes que irradiaban fuego por sus ojos. Un grupo de galos tuvo la

desafortunada idea de hacerles frente y terminó cosido a machetazos. Divisé desde mi atalaya lo que se me venía encima, pero reaccioné con *sôphrosynê*, con un autodomínio que hasta a mí misma me sorprendió. Ya no podía escapar; la muchedumbre, huyendo de los salvajes, había bloqueado el paso al caballo. Antes de que se consumara la tragedia hice acercarse a Filamón. Una vez ubicado a mi lado me agaché despacio hacia él, sin descender del carruaje. Calculé que disponía de apenas unos instantes para transmitir el mensaje cifrado.

—Busca a Herculiano, alto funcionario de Teodosio, y dile de parte de la hija de Teón... —El religioso cerró los ojos con fuerza para recordar con precisión mis palabras; o quizá los hizo para no ver la jauría mortal que se nos venía encima...

—...DONDE EL CÍCLOPE INCANDESCENTE TERMINA DE TRAZAR LA TRAYECTORIA DE LAS NAVES EMPIEZA A PINTAR LA SENDA DE LA SABIDURÍA. LA NUEVA ZARZA ARDIENTE DICTARÁ EL RUMBO PARA EL HOMBRE, HONRADO CON LOS PILARES DEL CONONCIMIENTO.

En ese momento Filamón voló, despedido por un manotazo. El hombre, maltrecho en el suelo, continuaba con los ojos cerrados y su boca dibujaba palabras sin cesar. No rezaba; consciente de su trascendencia, repetía una y otra vez mis palabras.

La horda de incondicionales al obispo, tras alcanzar el carruaje, me sacó con extrema violencia. Acto seguido fui llevada hasta Pedro el lector, monje líder de la revuelta. Después fui arrastrada hasta la iglesia del Cesarión.

IX

YA DENTRO del antiguo templo y en una fuente los monjes me desnudaron por completo o, para ser exacta, me arrancaron la ropa con violencia. Luego me dejaron unos minutos de pie, con el agua llegándome a las rodillas, convertida en el epicentro de todas las miradas. La conjunción de la luz que se filtraba por las vidrieras, mi serenidad, los nenúfares que cubrían parte de mi piel y la brisa de violetas que siempre me precedía, me hicieron sentirme más bella y segura que nunca. Sonreí. Los monjes parecían desconcertados. Mi boca se amplió hasta convertirse en carcajada. Los violentos se frotaban los ojos sin creer lo que veían. ¿Qué tenía de gracioso estar a punto de morir de la forma más horrible imaginable? Entonces afirmé:

—Mi cuerpo morirá, pero mi alma será entonces universal y vagará por los siglos. Y lo hará hasta que la humanidad entera alcance el *Nous*, la sabiduría máxima.

Tras esto, me deshonraron para después desollarme viva. Lo hicieron con una saña inconcebible provistos de fragmentos de cerámica y conchas hasta separar mi carne de los huesos. Luego, la enloquecida muchedumbre de fanáticos me despedazó arrancando mis miembros uno a uno. Acto seguido, mis restos fueron arrastrados hasta un lugar llamado Cinaron y allí los quemaron con inaudita barbarie.

—Tus dioses han quedado reducidos a polvo a los pies de Cristo victorioso, pagana recalcitrante —dotado de un inquietante fulgor diabólico en la mirada eso fue lo que masculló el patriarca Cirilo cuando llegó a sus oídos lo acaecido.

Los asesinos jamás fueron castigados. Orestes fue destituido y nunca se volvió a saber de él. Me temo que con mi asesinato murió también la libertad de investigación y pensamiento, Homero y Platón. Con mi asesinato también murió esa época jaspeada de perfección que fue la Antigüedad. Pero, ¿qué hubiera sucedido si yo no hubiera muerto? ¿Qué le hubiera deparado a la humanidad si se hubiera salvaguardado, el ingente volumen de información de la biblioteca de Alejandría? Y ahora cabe preguntarse: si había desaparecido, ¿cómo es posible que pudiera estar contando todo esto desde un futuro? La cuestión quizás sea: ¿Por qué todo lo que yo una vez fui, Hypatia de Alejandría, tendría que desaparecer por completo con mi muerte física? Primero de forma tímida, como una golondrina al viento, trataría de mellar la eternidad que se erguía ante mí. Pero si la sutileza no funcionaba no estaba dispuesta a desintegrarme con mansedumbre, a hacerme soluble en el universo. Si la sutileza no funcionaba no estaba dispuesta a diluirme en el cosmos como lágrimas en la lluvia, como un grano de arena en las orillas del infinito. Todavía tenía mucho que hacer. Lucharía contra las propias estrellas, contra todos los dioses si hacía falta. Nunca me rendiría, aunque me costase el fuego eterno, la ira de los señores del universo. Jamás.

Los que lean estas palabras que siguen serán testigos.

¿TE HA GUSTADO LO QUE HAS LEÍDO? ¿QUIERES LEER EL RESTO DE LA NOVELA? AHORA PUEDES COMPRAR *HYPATIA Y LA ETERNIDAD* A UN PRECIO INCREIBLE. SIMPLEMENTE PULSA EL SIGUIENTE ENLACE:
<http://www.hypatiaylaeternidad.com/comprar.html>